

Domènec



Portada de *Die Wohnung für das Existenzminimum*
Frankfurt, 1930

Existenzminimum, 2002

Instalación con escultura, vídeo y folleto

Desde hace aproximadamente una década, la práctica artística de Domènec se distingue por centrar su atención en torno al gran debate motivado, desde los años sesenta, por el proceso histórico denominado crisis de la Modernidad. La particularidad de Domènec radica en el hecho de que, a partir de una expansión consciente y meditada del campo escultórico, ha elaborado un universo propio donde aparece reflejada la pérdida de visibilidad social de los grandes relatos modernos. Su trabajo es un modelo en el sentido que ha revelado este hundimiento mediante la exaltación de la potencialidad metonímica de la arquitectura moderna. El sanatorio de Paimio de Alvar Aalto y la *Unité d'habitation* de Le Corbusier ya habían constituido en la obra del artista el eje de una relectura crítica de los contenidos utópicos de la modernidad.

El proyecto *Existenzminimum*, en esencia, se inscribe también en esta operación de mostrar la marginalidad actual de estos principios éticos y sociales. Sin embargo, pese a la falta de instrumentos eficaces para superar la parálisis contestataria causada por la agresividad neoconservadora del capitalismo tardío, en la obra de Domènec el escepticismo tiene un papel limitado. Así sucede cuando aborda la fusión de la existencia mínima –concepto debatido en el Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM) de Frankfurt en 1929 que pretendía establecer unas pautas universales que posibilitasen una vivienda digna para todo el mundo– con la redimensionalización y la readaptación de una obra conmemorativa diseñada por el arquitecto Mies van der Rohe en la que se homenajeaban a Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, dirigentes de la izquierda comunista alemana asesinados por fuerzas parapoliciales en 1919.

El monumento pierde la grandilocuencia originaria al ser reciclado en vivienda mínima y literalmente asimilado a un kit de bricolaje en manos del artista. De este modo, se convierte en el punto de partida de experiencias cotidianas microutópicas realizadas en tiempo real, con una fuerte carga lúdica, como fue el caso de su instalación en el parque de La Devesa de Girona. Con un tamaño mucho más reducido, la réplica construida por Domènec concede nueva vida al monumento destruido en 1933 por la barbarie fascista y traza un vínculo, a escala humana, entre el potencial utópico de las ideologías emancipatorias de la modernidad y sus hipotéticas readaptaciones críticas. La pequeña vivienda nómada, con una forma que recuerda a un búnker, sugiere que es posible emprender prácticas resistenciales que resquebrajen el consenso imperante.

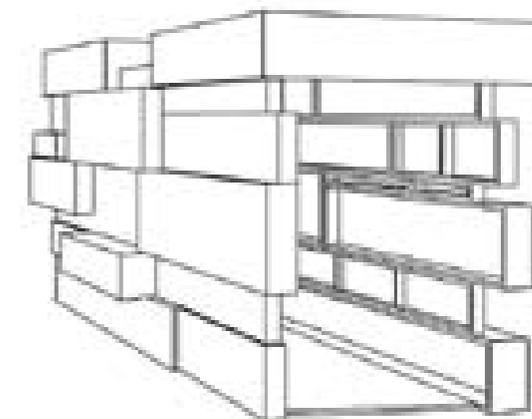
Jordi Font Agulló

La Vanguardia (supl. *Cultura/s*), 15 de enero de 2003, p. 17.



Mies van der Rohe
Monumento a la Revolución de Noviembre, Berlín (Lichtenberg)
(también conocido como el monumento Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg), ca. 1926, destruido en 1935

Inauguración del monumento, Friedrichsfelde, Berlín,
13 de junio de 1926



Existenzminimum, 2002
Dibujo de la construcción reproducido en el folleto

Desde hace ya varios años mi trabajo se plantea el dilema de participar en el debate sobre los límites, fisuras, éxitos y fracasos del movimiento moderno y la manera en que hemos abordado ese incómodo legado en la época contemporánea. Ya antes del proyecto *Existenzminimum* (2002) había elegido distintos edificios emblemáticos de la modernidad con la idea de crear proyectos relacionados justamente con estas cuestiones. ▶



Instalación en el parque de La Devesa en Girona, octubre de 2002

Así, en 1998 creé el proyecto *24 horas de llum artificial*, una réplica a escala 1:1 del hospital de Paimio realizado por Alvar Aalto a la que se había despojado de todas las «bondades humanistas» de su programa inicial para convertirla en una «inútil» escultura ciega. De ese modo me interrogaba sobre los límites del «programa moderno» (en términos no solo estéticos sino también éticos y políticos) a la hora de transformar sistemáticamente y mejorar la vida cotidiana. Trataba, en suma, de hacer visible la desconcertante paradoja de que, en última instancia, y a pesar de las buenas intenciones y necesidades existentes, las grandes historias del modernismo casi nunca alcanzaron los resultados deseados, por muy heroicas que fuesen.

Existenzminimum, la recreación del monumento a Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht –los líderes de la fracasada revolución espartaquista, tal vez el intento más serio de implantar una sociedad más justa en Alemania– en una humilde choza (un refugio pequeño y frágil), conectaba a través de su título el proyecto original de Mies van der Rohe para un monumento conmemorativo con el concepto central del segundo Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (1929). Es decir, con la propuesta hecha por los arquitectos más destacados del movimiento moderno de establecer las bases científicas sobre las que garantizar un nivel mínimo de existencia digno y universal. Hoy, cuando tantos millones de personas viven en condiciones infrahumanas en los barrios de chabolas que rodean las megalópolis del capitalismo triunfante, esa pretensión parece una cruel ironía de la historia. □

